

La fiesta de las naciones en Londres
Federico Engels
Fines de 1845

(Tomado de Karl Marx – Friedrich Engels, *OME-6*, Editorial Crítica, Barcelona, 1978; también para las notas. Escrito a fines de 1845 y publicado en *Theinische Jahrbücher zur gesellschaftlichen Reform*, Tomo II, páginas 1-19, 1846. Artículo sobre la celebración en un mitin en Londres de la instauración de la República Francesa el 22 de septiembre de 1792.)

“Qué nos importan las naciones? ¿Qué nos importa la República Francesa? ¿Acaso no hemos comprendido ya a las naciones desde mucho tiempo atrás, no les hemos asignado a cada cual su lugar, no hemos ubicado a los alemanes en el compartimiento teórico, a los franceses en el político, a los ingleses en la sociedad burguesa? ¡Y para colmo la República Francesa! ¡¿Qué cabe celebrar frente a una etapa evolutiva superada muchísimo tiempo ha, que se ha abolido a sí misma en virtud de sus propias consecuencias?! ¡Si queréis informarnos de algo sobre Inglaterra, es preferible que desarrolléis la fase más reciente en que ha entrado el principio socialista, decidnos si el unilateral socialismo inglés sigue sin comprender cuán por debajo de la altura de nuestros principios se halla situado, cómo sólo puede reclamar la posición de un factor, más aún, de un factor superado!”

Calma, querida Alemania. Las naciones y la República Francesa nos importan muchísimo.

La confraternización de las naciones, tal como actualmente la lleva a cabo, por doquier, el partido proletario extremo frente al antiguo y primitivo egoísmo nacional y el cosmopolitismo hipócrita y privadamente egoísta de la libertad de comercio, vale más que todas las teorías alemanas acerca del verdadero socialismo.

La confraternización de las naciones bajo la bandera de la *democracia moderna*, tal como emanó de la Revolución Francesa y se desarrolló en el comunismo francés y el cartismo inglés, demuestra que las masas y sus representantes saben mejor cómo están las cosas que la teoría alemana.

“¡Pero ni hablar de eso! ¿Quién habla acaso de la confraternización, tal como, etc., o de la democracia, *tal como*, etc.? Estamos hablando de la confraternización de las naciones en sí, de la confraternización de las naciones, de la democracia, de la democracia lisa y llana, de la democracia *en cuanto tal*. ¿O acaso habéis olvidado del todo a vuestro Hegel?”

“No somos romanos, fumamos tabaco.”¹ No estamos hablando del movimiento antinacional que *ahora* se desarrolla en el *mundo*, sino de la supresión de las nacionalidades que se lleva a cabo en nuestra mente por medio del pensamiento puro, con ayuda de la fantasía, a falta de hechos. No hablamos de la democracia *real*, a cuyos brazos corre toda Europa, y que es una democracia muy especial, diferente a todas las democracias anteriores, sino de una democracia enteramente diferente, que constituye el término medio de la democracia griega, romana, norteamericana y francesa, en suma, estamos hablando del *concepto* de la democracia. No hablamos de las *cosas* que pertenecen al siglo XIX y que son malas y percederas, sino de las categorías que son

¹ De una poesía de Heine en la que fustiga el filisteísmo y la desidia del burgués alemán, contraponiéndole la grandeza del republicano de la antigua Roma.

eternas y que existen “antes aún de existir las montañas”. En suma, que no estamos hablando de lo que se trata, sino de algo totalmente diferente.

Para resumir la cuestión: cuando hoy en día se habla de democracia, de confraternización de las naciones entre ingleses y franceses, y entre aquellos alemanes que participan en el movimiento práctico, que no son teóricos, no se debe pensar en absoluto solamente en lo político. Esta clase de fantasías sólo existen ya entre los teóricos alemanes y algunos pocos extranjeros, que no cuentan. En la realidad, esas palabras tienen ahora un sentido social, en el cual se resuelve su significación política. Ya la revolución era algo totalmente diferente que la lucha por tal o cual forma del estado, como aún es bastante frecuente que se imagine en Alemania. La vinculación de la mayor parte de las insurrecciones de aquella época con una hambruna, la significación que tiene, ya a partir de 1789, el aprovisionamiento de la capital y la distribución de las reservas, el máximo, las leyes contra el acaparamiento de los alimentos, el grito de batalla de los ejércitos revolucionarios (“*Guerre aux palais, paix aux chaumières*”) el testimonio de la *Carmagnole*, según la cual el republicano, además de *du fer*² y *du coeur*³ también debe tener *du pain*,⁴ y cien otros rasgos externos evidentes demuestran ya, al margen de cualquier investigación más exacta de los hechos, hasta donde la democracia de entonces era algo totalmente diferente a una organización meramente política. Ya de por sí, se sabe que la constitución de 1793 y el terrorismo emanaron del bando que se fundó en el proletariado insurrecto, que la caída de Robespierre marca el triunfo de la burguesía sobre el proletariado, que la conspiración de Babeuf por la igualdad evidenció las últimas consecuencias de la democracia del 93, en tanto eran posibles por entonces. De principio a fin, la Revolución Francesa fue un movimiento social y, después de ella, una democracia puramente política se ha convertido en un absurdo liso y llano.

La democracia de hoy en día es el comunismo. Otra democracia sólo puede existir ya en las mentes de los visionarios teóricos, quienes no se preocupan por los acontecimientos reales, para quienes no son los hombres y las circunstancias quienes desarrollan los principios, sino que, para ellos, los principios se desarrollan por sí solos. La democracia se ha convertido en principio proletario, en principio de las masas. Es posible que las masas tengan mayor o menor claridad acerca de éste, el único significado correcto de la democracia, pero para todos radica en la democracia, cuando menos, la oscura sensación de la igualdad de derechos sociales. Al calcular las huestes comunistas, se pueden contar tranquilamente también a las masas democráticas. Y si los partidos proletarios de diversas naciones se unen, tendrán toda la razón para inscribir la palabra “democracia” en sus banderas, ya que, con excepción de quienes no cuentan, en 1846 todos los demócratas europeos son comunistas con mayor o menor claridad.

Asimismo, la celebración de la República Francesa, a pesar de que la misma pueda estar “superada”, se halla completamente justificada para los comunistas de todos los países. En primer lugar, todos los pueblos que han sido lo suficientemente necios como para dejarse utilizar para combatir la revolución, deben a los franceses una satisfacción pública, desde que lograron comprender la *sottise*⁵ que cometieron por fidelidad de súbditos; en segundo término, todo el movimiento social europeo de hoy es sólo el segundo acto de la revolución, es sólo la preparación para el *dénouement*⁶ del drama que se inició en París en 1789, y que tiene por escenario, actualmente, a toda Europa; tercero, que en nuestra época cobarde, egoísta y miserable de la burguesía, ha llegado el momento

² Armas.

³ Valor.

⁴ Pan.

⁵ Necesidad.

⁶ Desenlace.

de evocar la memoria de uno de esos grandes años en los que un pueblo entero arrojó de lado, en un instante, toda cobardía, todo egoísmo y toda miseria, en los que hubo hombres que tenían el valor de la ilegalidad, que no se arredaban ante nada y cuya energía de acero logró que en toda Francia, entre el 31 de mayo de 1793 y el 26 de julio de 1794, no pudiera dejarse ver ni un solo cobarde, ni un solo tendero, ni un solo *agioteur*, en suma, ni un solo burgués. Realmente, en una época en la que un Rothschild mantiene cohesionada la paz europea, en que un Vetter-Kochlin clama por aranceles protectores, en que un Cobden clama por la libertad de comercio y en que un Diergardt predica la redención de la humanidad pecaminosa por medio de asociaciones para la elevación de las clases trabajadoras, realmente, en semejante época es necesario recordar a Marat y Danton, a Saint-Just y Babeuf, la alegría del triunfo de Jemappes y Fleurus. Si esta tremenda época y estos caracteres de bronce no siguiesen penetrando, descollantes, en nuestro mundo de tenderos, entonces, verdaderamente, la humanidad debería desesperar y lanzarse, a discreción, en brazos de un Vetter-Kochlin, de un Cobden o de un Diergardt.

Por último, hoy en día la confraternización de las naciones tiene asimismo un significado más que puramente social. Las quimeras de la república europea, de la paz eterna bajo la organización política, han llegado a ser tan ridículas como las frases acerca de la unificación de los pueblos bajo la égida de la libertad general de comercio; y mientras de este modo quedan totalmente fuera de curso todos los sentimentalismos quiméricos de esta índole, los proletarios de todas las naciones, sin hacer mucha alharaca, ya comienzan a *confraternizar de veras* bajo el estandarte de la democracia comunista. Los proletarios son también los únicos que pueden hacerlo realmente; pues la burguesía tiene sus intereses particulares en todos los países, y puesto que sus intereses son lo supremo, jamás puede trascender la nacionalidad; y esos pocos teóricos, con todos sus bellos “principios”, nada logran, ya que dejan tranquilamente en pie esos intereses contradictorios (como hacen, por lo demás, con todo lo establecido) y sólo pueden hacer frases. En cambio, los proletarios tienen ante sí, en todos los países, uno y el mismo interés, uno y el mismo enemigo, una y la misma lucha; en su gran mayoría, y ya por naturaleza, los proletarios están despojados de prejuicios nacionales, y toda su formación y su movimiento son esencialmente humanitarios, antinacionales. Sólo los proletarios pueden aniquilar la nacionalidad, sólo el proletariado que despierta puede hacer confraternizar las diversas naciones.

Los hechos que siguen ofrecerán pruebas prácticas de todo cuanto he dicho aquí.

Ya el 10 de agosto del año anterior tuvo lugar en Londres una fiesta similar para celebrar un triple aniversario: la revolución de 1792; la proclamación de la constitución de 1793 y de la fundación de la “asociación democrática” por la fracción más radical del partido inglés del movimiento de 1838/39.

Esta fracción más radical constaba de cartistas, proletarios, como se sobrentiende, pero quienes preveían claramente el objetivo del movimiento cartista y aspiraban a acelerarlo. Mientras que la gran mayoría de los cartistas sólo se afanaba, por aquél entonces, en lograr el traslado del poder del estado a la clase obrera, y pocos aún habían tenido tiempo para reflexionar acerca del empleo de ese poder, los miembros de esta asociación (la cual desempeñó un significativo papel en la efervescencia que tuvo lugar por entonces) estaban de acuerdo a ese respecto: en primer lugar eran republicanos, más exactamente republicanos que postulaban la constitución del año 93 como su profesión de fe, rechazaban cualquier vinculación con la burguesía, incluso con la pequeña burguesía, y defendían el principio de que el oprimido gozaba del derecho al empleo contra su opresor por todos los medios que éste empleara contra él. Tampoco allí se detuvieron, y no eran sólo republicanos, sino comunistas, más exactamente comunistas irreligiosos. La asociación se desintegró con la efervescencia revolucionaria de 1838/39;

pero su acción no se ha perdido y ha contribuido en mucho a fortalecer la energía del movimiento cartista, a desarrollar los elementos comunistas ínsitos en él. Ya en esta fiesta del diez de agosto se expresaron principios tanto comunistas como cosmopolitas⁷; además de la igualdad política se exigió la igualdad *social*, recibándose con entusiasmo un brindis por los demócratas de todas las naciones.

Ya antes se habían efectuado tentativas, en Londres, por reunir a los radicales de las diversas naciones; dichas tentativas fracasaron ora ante las escisiones internas de los demócratas ingleses y del desconocimiento de los mismos por parte de los extranjeros, ora ante diferencias de principios de los líderes de las diversas naciones. Tan grande es el obstáculo a toda unificación que reside en la diferente nacionalidad, que incluso los extranjeros residentes en Londres desde hace años, por mucho que simpatizaban con la democracia inglesa, no sabían, sin embargo, prácticamente nada del movimiento que transcurría ante sus propios ojos, del verdadero estado de cosas, confundían a los burgueses radicales con los proletarios radicales y pretendían reunir amistosamente en una misma asamblea a los enemigos más pronunciados. En parte ha sido esto, y en parte el recelo nacional, lo que indujo a los ingleses a cometer errores similares, tanto más posibles cuanto que el éxito de una negociación semejante dependía necesariamente del mayor o menor acuerdo de unos pocos miembros de comités que se hallaban al frente, y que rara vez se conocían personalmente entre sí. En ocasión de las tentativas anteriores, estos individuos fueron elegidos del modo más desdichado posible, con lo cual en todos los casos la cuestión volvió a adormecerse. Cada tentativa fracasada sólo instaba a un nuevo impulso. Cuando algunos de los portavoces democráticos de Londres se cansaban de esta cuestión, otros tomaban su lugar; durante el pasado mes de agosto volvieron a tener lugar acercamientos que esta vez no fueron infructuosos, y una celebración del 22 de septiembre, que ya había sido anunciada por otra parte, fue aprovechada para declarar públicamente la alianza de los demócratas de todas las naciones radicados en Londres.

En esta asamblea se hallaron reunidos ingleses, franceses, alemanes, italianos, españoles, polacos y suizos. También Hungría y Turquía presentaron sendos contingentes de hombres. Las tres grandes naciones de la Europa civilizada (ingleses, alemanes y franceses) llevaron la voz cantante y estuvieron dignísimamente representadas. El presidente fue, como es natural, un inglés, *Thomas Cooper*, “el cartista”, quien por su participación en la insurrección de 1842 fue mantenido durante casi dos años en la cárcel, donde escribió una epopeya en el estilo de Childe Harold que se ha ganado grandes alabanzas de los críticos ingleses. El orador principal de la velada fue, por parte de los ingleses, *George Julian Harney*, desde hace dos años codirector del *Northern Star*. El *Northern Star* es el órgano del cartismo, fundado por O’Connor en 1837, el cual, desde que lo dirigen en forma conjunta J. Hobson y Harney, se ha convertido, en todos los aspectos, en uno de los mejores periódicos de Europa; sólo podría compararse con él algunos pequeños periódicos obreros parisienses, en especial la *Union*. El propio Harney es un auténtico proletario, que participa en el movimiento desde su juventud, uno de los miembros principales de la mencionada asociación democrática de 1838/39 (presidió la fiesta del 10 de agosto) y, junto con Hobson, es categóricamente el mejor escritor inglés, cosa que ocasionalmente pienso demostrarles a los alemanes. Harney tiene total claridad acerca de la finalidad del movimiento europeo y está completamente a la *hauteur des principes*,⁸ aunque nada sepa acerca de las teorías alemanas referentes al verdadero socialismo. Suyo es el mérito principal de la organización de esta fiesta cosmopolita; no

⁷ La palabra “cosmopolita” debe entenderse aquí, al igual que más adelante, en el sentido de “libre de restricciones y prejuicios nacionales”.

⁸ A la altura de los principios.

ha omitido esfuerzos para reunir las diferentes nacionalidades, eliminar malentendidos y superar diferencias personales.

El brindis pronunciado por Harney rezaba:

“A la solemne memoria de los sinceros y virtuosos republicanos franceses de 1792. Que la igualdad por la cual lucharon, vivieron, trabajaron y murieron, experimente una pronta resurrección en Francia y expanda su reino a través de toda Europa”.

Harney, quien fue recibido con aplausos doble y triplemente repetidos, dijo lo siguiente:

“Hubo un tiempo en el cual una celebración como la presente nos hubiese expuesto no sólo al desprecio, las ironías, la burla y la persecución de las clases privilegiadas, sino también a los actos de violencia de un pueblo confundido e ignorante, un pueblo que, de acuerdo con las enseñanzas de sus curas y gobernantes, consideraba la Revolución Francesa como algo terrible e infernal, como algo que se contempla retrospectivamente con horror, de lo cual se habla con abominación. Recordaréis (cuando menos la mayor parte de vosotros) que no hace aún mucho tiempo, cuando se exigía aquí, en nuestra patria, la derogación de alguna ley mala o la promulgación de alguna ley buena, se alzaba de inmediato el clamor de “jacobinos”. Si se exigía la reforma del parlamento, la rebaja de los impuestos, la educación nacional o cualquier otra cosa que tuviese algún regusto a progreso, podía estarse seguro de que volverían a conjurar “la Revolución Francesa”, el “reinado del terror” y todo el resto de aquellas sangrientas fantasmagorías, las que se expondrían como corresponde a fin de intimidar a los niños grandes de barbas y pantalones, que aún no habían aprendido a pensar por sí solos. (*Hilaridad y aplausos.*) Este tiempo ha pasado; sin embargo, dudo acerca de si ya hemos aprendido a leer correctamente la historia de aquella gran revolución. Sería muy fácil para mí declamar, en ocasión de este brindis, algunos sentimientos seductores acerca de la igualdad y los derechos del hombre, de la coalición de los reyes europeos y de las acciones de Pitt y de Braunschweig; podría tratar todo eso con mayor extensión, acaso recibir aplausos por un discurso pronunciado con un espíritu extremadamente liberal, pero, no obstante, omitir la consideración del problema real. El gran problema real que debió resolver la Revolución Francesa fue la *destrucción de la desigualdad* y la fundación de instituciones que asegurasen al pueblo francés la dicha de la cual, hasta el presente, siempre han carecido las masas. Si juzgamos las características que se manifiestan en la revolución según esta prueba de toque, nos resultará fácil justipreciarla. Tomemos por ejemplo a Lafayette como representante del constitucionalismo, y acaso sea el hombre mejor y más honesto de todo el partido. Pocos hombres han disfrutado de mayor popularidad que Lafayette. En su juventud viajó a América y participó en la lucha norteamericana contra la tiranía inglesa. Una vez conquistada la independencia norteamericana retornó a Francia, y poco después lo encontramos como uno de los primeros en la revolución que se iniciaba a la sazón en su propio país. En su edad anciana lo volvemos a encontrar como el hombre más popular de Francia, donde después de los tres días se lo convierte en verdadero dictador, a quien basta una sola palabra para destituir o nombrar reyes. Lafayette gozó, tanto en Europa como en América, de mayor popularidad que acaso cualquiera de sus contemporáneos; y hubiese merecido ese favor popular si en su conducta ulterior hubiese permanecido fiel a sus primeras actuaciones revolucionarias. Pero Lafayette jamás fue amigo de la igualdad. (¡Escuchen eso!) Por cierto, que desde un comienzo abandonó sus títulos y renunció a sus prerrogativas feudales; y hasta allí todo estaba bien. Colocado al frente de la Guardia Nacional, ídolo de la burguesía, hasta rigiendo las inclinaciones de la clase obrera, durante un tiempo se le consideró el paladín de la revolución. Pero se detuvo cuando llegó la hora de avanzar. El pueblo pronto descubrió que, con la destrucción de la Bastilla y la abolición de los privilegios feudales, con la humillación del rey y de la aristocracia, nada se había logrado *salvo acrecentar el poder de la burguesía*. Pero el pueblo no se satisfizo con ello (aplausos): reclamó libertad y derechos para sí, exigió lo que nosotros exigimos: *una igualdad verdadera y plena*. (*Fuertes aplausos*). Cuando Lafayette vio esto, se hizo conservador, y dejó de ser revolucionario. Fue él quien

propuso la aprobación de la ley marcial, para de ese modo legitimar el fusilamiento y el sofocamiento del pueblo en caso de eventuales tumultos, y ello, por añadidura, en una época en la cual el pueblo padecía una absoluta situación de hambre; y bajo esta ley marcial, el propio Lafayette dirigió la masacre del pueblo, cuando éste estaba reunido el 17 de julio de 1791 en el *Champs de Mars*, con el fin de pedir a la Asamblea Nacional, después de la huida del rey a Varennes, que no se reinstalase en el cargo a este jefe de estado desertor. Más tarde Lafayette osó amenazar a París con su espada, y a los clubes populares con el cierre violento. Después del diez de agosto trató de inducir a sus soldados a marchar sobre París; pero éstos, mejores patriotas que él, se negaron, y entonces Lafayette huyó y renegó de la revolución. Y sin embargo Lafayette fue por cierto el mejor hombre entre todos los constitucionalistas. Pero ni él ni su partido tienen nada que ver con nuestro brindis, ya que ni siquiera nominalmente eran republicanos. Pretendían reconocer la soberanía del pueblo, mientras que, al mismo tiempo, dividían a ese mismo pueblo en ciudadanos activos e inactivos, limitando el derecho del voto a los contribuyentes, a quienes denominaban ciudadanos activos. En suma, que Lafayette y los constitucionalistas eran meros *whigs*, poco mejores (si es que lo eran) que las gentes que nos han llevado de las narices con el *bill* de la reforma. (*Aplausos.*) A ellos les sucedieron los girondinos, y son éstos a quienes se presenta habitualmente como los “republicanos sinceros y virtuosos”. No puedo compartir ese punto de vista. De ninguna manera podemos negarles el tributo de nuestra admiración por su talento, por la elocuencia que distinguía a los jefes de ese partido, a las cuales se suma aún en algunos casos, como el de Roland, una integridad incommovible, en otros, como el de Madame Roland, el sacrificio heroico, y en otros aún, como Barbaroux, un fogoso entusiasmo. Y no podemos dejar de emocionarnos profundamente (cuando menos a mí me sucede) cuando leemos acerca de la muerte horrenda y prematura de Madame Roland o del filósofo Condorcet. Pero a pesar de todo ello, los girondinos no eran las personas de quienes el pueblo podía esperar la redención de la esclavitud social. En ningún instante se pone en duda que había entre ellos gente magnífica; también puede admitirse que eran sinceros en sus convicciones. Acaso podamos creer que muchos de ellos fueron más ignorantes que culpables, aunque sólo podamos creerlo de aquéllos que perecieron; pues si tuviésemos que juzgar a todo el partido de acuerdo a quienes sobrevivieron a lo que ha dado en llamarse el reinado del terror, nos veríamos forzados a la conclusión de que jamás ha existido una ralea más vil. Estos girondinos sobrevivientes ayudaron a destruir la constitución de 1793, instauraron la constitución aristocrática de 1795, conspiraron junto con otras fracciones aristocráticas para eliminar a los auténticos republicanos y finalmente contribuyeron a que Francia cayese bajo el despotismo militar del usurpador Napoleón. (¡Escuchen eso!) Mucho se ha ensalzado la elocuencia de los girondinos; pero nosotros, demócratas incommovibles, no podemos admirarles solamente por haber sido elocuentes, de hecho, si así hubiésemos de obrar, deberíamos tributar los mayores honores al venal y aristocrático Mirabeau. Cuando el pueblo insurrecto por la libertad, rompiendo las ataduras de catorce siglos de esclavitud, abandonó sus moradas para lanzarse sobre los conspiradores internos y los ejércitos invasores en sus fronteras, era menester algo más que los elocuentes discursos y las bien urdidas teorías de la Gironda para resistir. “Pan, acero e igualdad” exigía el pueblo; (*aplausos*) pan para sus familias hambrientas, acero contra las cohortes del despotismo e igualdad como objetivo de su tarea y retribución por sus sacrificios. (*Fuertes aplausos.*) En cambio, los girondinos sólo consideraban al pueblo, para decirlo con Thomas Carlyle, como “masas explosivas con las cuales se vuelan Bastillas”, que se emplean como instrumentos y se tratan como esclavos. Fluctuaban entre la monarquía y la democracia, intentaron en vano engañar a la justicia eterna mediante un arreglo. Cayeron, y su caída era merecida. Los hombres dotados de energía los pisotearon y el pueblo los barrió. De las diversas fracciones del partido de la Montaña sólo considero dignos de mención a Robespierre y sus amigos. (*Grandes aplausos.*) La inmensa mayoría de la Montaña constaba de bandidos, preocupados únicamente por capturar el botín de la revolución, y a quienes en nada interesaba el pueblo, cuyos esfuerzos, padecimientos y valor habían impuesto la

revolución. Estos aventureros, que durante un tiempo emplearon el lenguaje de los amigos de la igualdad y que lucharon con ellos contra los constitucionalistas y los girondinos, se mostraron bajo su verdadera luz, como desembozados enemigos mortales de la igualdad, en cuanto llegaron al poder. Este partido fue el responsable del derrocamiento y asesinato de Robespierre, así como de la muerte de Saint-Just, Couthon y todos los amigos de aquel incorruptible legislador. No satisfechos con haber aniquilado a estos amigos de la igualdad, estos asesinos alevosos aún acumularon sobre sus nombres las calumnias más infames, y no vacilaron en acusar a sus víctimas de los crímenes que ellos mismos habían cometido. Sé que aún sigue siendo *unfashionable*⁹ considerar a Robespierre otra cosa que un monstruo, pero creo que está cercano el día en que imperará una opinión totalmente diferente acerca del carácter de ese hombre extraordinario. No he de endiosar a Robespierre ni considerarlo perfecto; pero aún sigue pareciéndome uno de los poquísimos dirigentes revolucionarios populares que reconoció y empleó los medios necesarios para derrotar la injusticia política y social. (*Grandes aplausos.*) No dispongo de tiempo para hablar sobre el carácter del indoblegable Marat, acerca de Saint-Just, esa brillante incorporación de la caballería republicana; asimismo, tampoco tengo tiempo para enumerar las excelentes medidas legislativas que distinguieron el enérgico gobierno de Robespierre. Llegará el día, repito, en que se haga justicia a su nombre. (*Aplausos.*)- Para mí, la prueba más concluyente del verdadero carácter de Robespierre estriba en el general sentimiento de pesar que experimentaron por él los demócratas sinceros que le sobrevivieron, incluso aquéllos que, malinterpretando sus intenciones, se habían dejado inducir a acelerar su caída, pero que, cuando ya era demasiado tarde, lamentaron amargamente su necesidad. Babeuf fue uno de ellos, el autor de la célebre conspiración que ha recibido su nombre. Esta conspiración tenía por finalidad la instauración de una verdadera república, en la cual *se desconociese el egoísmo individualista* (*Aplausos*), *en la cual debían dejar de existir la propiedad privada y el dinero, raíces de todos los males* (*Aplausos*), *en la cual la felicidad de todos debía estar basada en el trabajo común y los goces iguales de todos.* (*Grandes aplausos.*) - Estos hombres gloriosos persiguieron su glorioso objetivo hasta la muerte. Babeuf y Darthé sellaron sus convicciones con su sangre, y Buonarroti persistió, a través de años de cárcel, estrechez y ancianidad, en su defensa de los grandes principios que esta noche osamos proclamar. También debo mencionar a los heroicos diputados Rome, Soubrany, Duroy, Duquesnoy y sus compañeros, quienes, condenados a muerte por los traidores aristocráticos de la Convención, se dieron ellos mismos la muerte, en presencia y a despecho de sus asesinos, con un único puñal que fue de mano en mano. Y esto es cuanto debo decir acerca de la primera parte de nuestro brindis. La segunda parte sólo requiere escasas palabras de mi parte, ya que a este respecto quienes mejor podrán hablar son los demócratas franceses presentes. No cabe duda de que los principios de la igualdad experimentarán una gloriosa resurrección; de hecho ya han experimentado esa resurrección, no sólo en la efigie del republicanismo, sino también en la del comunismo; pues, por lo que sé, toda Francia está cubierta actualmente por sociedades comunistas; pero para seguir desarrollando este tema dejaré la palabra a mi amigo el Dr. Fontaine y sus compatriotas. Mucho me alegra la presencia de esos honorables demócratas. Esta noche podrán convencerse por sus propios sentidos de lo absurdo de las interminables diatribas del bando belicista francés contra el pueblo inglés, (*Aplausos.*) Apartamos muy lejos de nosotros estas antipatías nacionales; desdeñamos y nos repugnan estos cebos y señuelos bárbaros, tales como “enemigos naturales”, “enemigos hereditarios” y “gloria nacional”. (*Fuertes aplausos.*) Odiamos todas las guerras, excepto aquéllas a las cuales se obliga a un pueblo en virtud de la opresión interna y la invasión externa. (*Aplausos.*) Más aún, rechazamos la palabra “extranjero” y no queremos que siga existiendo en nuestro diccionario democrático. (*Grandes aplausos.*) Podremos pertenecer a la sección inglesa, francesa, italiana o alemana de la familia europea, pero “la joven Europa” es nuestro nombre común y bajo

⁹ Improcedente.

su bandera nos ponemos juntos en campaña contra la tiranía y la desigualdad.”
(*Prolongados y entusiasta aplausos.*)

Luego de que un comunista alemán¹⁰ hubiese cantado la *Marsellesa*, Wilhelm Weitling pronunció el segundo brindis:

“A la joven Europa. Que los demócratas de todas las naciones, arrojando de sí los celos y las antipatías nacionales del pasado, se unan en una falange fraternal para la destrucción de la tiranía y el triunfo general de la igualdad”.

Weitling, quien fue recibido con gran entusiasmo, leyó (ya que no habla el inglés fluidamente) el siguiente discurso:

“¡Amigos! Esta asamblea es testimonio de ese sentimiento común que arde en el pecho de todos los hombres, del sentimiento de la fraternidad general. ¡Sí! Aunque en razón de nuestra educación empleamos diferentes palabras para comunicarnos entre nosotros ese sentimiento común, aunque las diferencias idiomáticas inhiben el intercambio de ese sentimiento, aunque nuestros adversarios comunes aúnan y emplean millares de prejuicios para obstaculizar, en lugar de fomentar, un mejor entendimiento, una fraternidad general, a pesar de ello, no obstante todos esos impedimentos, no es posible extirpar ese sentimiento poderoso de amor (*Aplausos*), ese sentimiento que atrae al que sufre hacia sus compañeros de infortunio, al que lucha por una situación mejor hacia quien combate junto a él. (*Aplausos.*) También han luchado con nosotros aquéllos cuya revolución celebramos esta noche; también ellos estuvieron animados por las mismas simpatías que nos congregan y que acaso nos conduzcan hacia una lucha semejante, y esperemos que más fecunda en éxitos. (*Fuertes aplausos.*) - En tiempos de efervescencia, cuando los privilegios de nuestros enemigos autóctonos corren gran peligro, éstos se esfuerzan por guiar nuestros prejuicios allende las fronteras de nuestra patria natural y por hacernos creer que las gentes de esos lugares son hostiles a nuestro interés común. ¡Qué engaño! Si reflexionamos con calma al respecto, pronto comprendemos que nuestros enemigos más inmediatos se hallan entre nosotros mismos, en nuestro propio medio. (*Escuchen, escuchen, y aplausos.*) No es el enemigo exterior a quien debemos temer, ya que ese pobre enemigo recibe nuestro mismo trato; al igual que nosotros, debe trabajar para millares de inútiles; al igual que nosotros acude a las armas contra alguna sociedad de hombres, porque lo obligan a ello el hambre y la ley, porque lo incitan a ello sus pasiones nutridas por la ignorancia. Los gobernantes de las naciones nos dicen que nuestros hermanos son crueles y rapaces; pero ¿quién es más rapaz que quienes nos gobiernan, que quienes nos hacen instruir en las armas, que quienes en provecho de sus propios privilegios nos incitan a la guerra y nos conducen a ella? (*Aplausos.*) ¿Es realmente nuestro interés común lo que torna necesaria la guerra? ¿Es el interés de las ovejas, conducidas por lobos, el de combatir contra otras ovejas, conducidas asimismo por lobos? (*Fuertes aplausos.*) Ellos mismos son nuestros enemigos más rapaces; nos han quitado todo cuanto era nuestro, para dilapidarlo en los placeres y la disipación. (*Aplausos.*) Nos quitan lo que es nuestro, pues todo cuanto dilapidan ha sido producido por nosotros y debiera pertenecer a quienes lo producen, a sus mujeres e hijos, a sus ancianos y enfermos. (*Fuertes aplausos.*) Pero ved como nos roban todo mediante sus sagaces artimañas, acumulándolo para una ralea de parásitos holgazanes. (*Aplausos.*) ¿Es posible, acaso, que algún, enemigo externo nos despoje aún más que nuestros propios enemigos domésticos? ¿Es acaso posible aún que el extranjero asesine aún más a nuestro pueblo que nuestros insensibles hombres de dinero, quienes nos despojan mediante su juego bursátil, su usura y su especulación, mediante su sistema del dinero y sus bancarrotas, sus monopolios, sus rentas eclesiásticas e inmobiliarias, quienes por todos estos medios nos despojan de nuestras necesidades vitales más imprescindibles y causan la muerte de millones de nuestros hermanos trabajadores, a quienes ni siquiera les dejan la suficiente cantidad de patatas como para con ellas mantener su vida? (*Grandes aplausos.*) ¿No está, por ello, suficientemente claro que aquellos que lo son todo por el

¹⁰ Joseph Moll.

dinero y nada sin él son los verdaderos enemigos de los obreros en todos los países, que entre todos los seres humanos no existen otros enemigos de la especie humana que los enemigos de los obreros? (*Aplausos.*) ¿Es posible, entonces, que nos roben y nos asesinen más en épocas de guerra política, de lo que ya ocurre actualmente, en una así llamada época de paz? ¿Entonces sólo favorecemos los prejuicios nacionales, el derramamiento de sangre y los despojos en homenaje a la gloria militar? ¿Qué pueden ganar nuestros intereses con semejante estúpida gloria? (*Aplausos.*) ¿Qué tenemos que ver con ella, si nuestros intereses y nuestros mejores sentimientos se le oponen? (*Aplausos.*) ¿Acaso no debemos pagar nosotros las costas? (*Aplausos.*) ¿Acaso no debemos trabajar y desangrarnos nosotros por ella? (*Renovados aplausos.*) ¿Qué interés podemos tener nosotros en todos estos despojos nacionales y derramamientos de sangre, salvo de que aprovechemos esas ocasiones para arrepentirnos y volvernos contra la aristocracia de todas las naciones, que incuba el saqueo y el asesinato? (*Entusiastas aplausos.*) Es sólo esa aristocracia, y siempre esa aristocracia, la que saquea y asesina sistemáticamente. Los pobres son sólo sus instrumentos obligados e involuntarios, escogidos en todas las naciones, son los más colmados de prejuicios nacionales, los que quisieran ver a todas las naciones sojuzgadas por la suya propia. Pero traedlos a esta asamblea y se entenderán, se estrecharán mutuamente las manos. Si antes de una batalla los defensores de la libertad pudiesen hablar a las filas de sus hermanos, la batalla no llegaría a producirse; por el contrario, se convertiría en una asamblea de amigos como la nuestra. ¡Oh, si pudiésemos celebrar una asamblea semejante en un campo de batalla, cuán pronto concluiríamos con todos esos intereses que nos sorben la sangre y la médula, y que actualmente nos oprimen y nos saquean! (*Fuertes aplausos.*) Estas, amigos, son las manifestaciones de ese sentimiento común, cuyo calor, concentrado en el foco de la fraternidad general, enciende un fuego de entusiasmo que pronto ha de derretir todos los témpanos obstaculizadores, que durante demasiado tiempo han mantenido separados a los hermanos.” (*Weitling volvió a tomar asiento en medio de prolongados aplausos.*)

El Dr. Berrier-Fontaine, un viejo republicano, que ya durante los primeros años de la dominación burguesa había desempeñado, en París, un importante papel en la *Société des droits de l’homme*,¹¹ que se vio envuelto en el proceso de abril de 1834 y se evadió de Sainte-Pelagie con los demás acusados en 1835 (véase la *Historia de los 10 años* de Louis Blanc), que luego avanzó junto con la ulterior evolución del bando revolucionario en Francia y que mantiene contactos amistosos con el *Père*¹² Cabet, el Dr. Berrier-Fontaine ocupó la tribuna después de Weitling. Fue recibido con atronadores aplausos y dijo lo siguiente:

“¡Ciudadanos! Mi discurso ha de ser necesariamente breve, ya que no hablo muy bien el inglés. Me causa un placer indecible ver cómo los demócratas ingleses celebran la república francesa. Coincido con todo mi corazón con los nobles sentimientos que ha expresado el señor Julian Harney. Os aseguro que el pueblo francés no piensa ni por asomo en considerar al pueblo inglés como su enemigo. Si algunos periodistas escriben contra el gobierno inglés, no escriben en cambio contra el pueblo inglés. El gobierno inglés es aborrecido en toda Europa, porque no es el gobierno del pueblo inglés, sino el de la aristocracia inglesa. (*Aplausos.*) Los demócratas franceses, muy lejos de ser enemigos del pueblo inglés, y, muy por el contrario, desean confraternizar con él. (*Fuertes aplausos.*) Los republicanos de Francia no lucharon solamente para Francia, sino para toda la humanidad; aspiraron a establecer la igualdad y a esparcir sus bendiciones a través de todo el mundo. (*Grandes aplausos.*) Declararon que toda la humanidad eran sus hermanos y sólo lucharon contra las aristocracias de otras naciones. (*Aplausos.*) Puedo aseguraros, ciudadanos, que los principios de la igualdad ya han nacido a una nueva vida. El comunismo avanza a pasos agigantados a través de toda Francia. Las asociaciones comunistas se difunden por todo el país y confío en que pronto asistiremos a una gran

¹¹ Sociedad de los Derechos del Hombre.

¹² Padre.

confederación de demócratas de todas las naciones, para asegurar el triunfo del comunismo republicano a todo lo largo y ancho de Europa”. (*El Dr. Fontaine volvió a tomar asiento en medio de reiterados testimonios de aplauso.*)

Después de haberse recibido el brindis por la “joven Europa” con tres sonoros *cheers*¹³ y “un *cheer* más”, aún se pronunciaron brindis por Thomas Paine, por los demócratas caídos de todos los países, luego por los de Inglaterra, Escocia e Irlanda, por los artistas deportados Frost, Williams, Jones y Ellis, por O’Connor, Duncombe y los demás propagandistas de la Carta, y finalmente se lanzaron tres *cheers* por el *Northern Star*; se cantaron canciones democráticas en todas las lenguas (no veo mencionado únicamente al idioma alemán) y se dio término a esta fiesta en el más fraternal de los espíritus.

Tenemos aquí una asamblea de más de mil demócratas de casi todas las naciones europeas, quienes se habían congregado para celebrar la fundación de la República Francesa, un acontecimiento en apariencia ajeno a cualquier comunismo. No se había convenido en modo alguno que se llevaría allí un público determinado; nada indicaba que habría de manifestarse otra cosa que lo que los artistas londinenses entienden por democracia. Podemos muy bien suponer, entonces, que la mayoría de la asamblea representaba bastante exactamente a la masa de los proletarios artistas de Londres. Y esta asamblea recogió los principios comunistas, y hasta la propia palabra comunismo, con unánime entusiasmo. El *meeting* de los artistas fue una fiesta comunista y, tal como lo admiten los propios ingleses, “desde hacía años no se veía en Londres un entusiasmo semejante al que imperó durante esa velada”.

¿Tengo razón o no cuando digo que, hoy en día, la democracia es el comunismo?

F. ENGELS

Edicions Internacionals Sedov
Serie Marx y Engels, algunos materiales

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es

¹³ Víttores.